

Mi Maestra iniciadora.

Durante una temporada mi ilusión era trabajar como acariciadora de cuerpos con la terapéutica misión de administrar salud física y psíquica. Yo sería una acariciadora para todo aquel o aquella que lo necesitase. Consideraba que lo necesitamos todos: desde los ricachones estresados hasta las aburridas oficinistas. Repasaría cuerpos con caricias, colmaría de placer físico. Les alegraría la vida a un montón de gentes necesitadas de afecto físico. Mis caricias consistirían en leves repasos de las yemas de los dedos por la piel del cuerpo de los pacientes. Les mostraría el fervor de la caricia sensual y mejoraría de este modo sus relaciones con sus maridos o con sus esposas. Mi profesión ayudaría a que el mundo fuese un poquito mejor.

Con ilusión preparé un apartamento céntrico. Era una estancia de un solo cuarto, con un baño pequeño y una cocinita separada por un biombo. Compré una camilla ancha de segunda mano, la pinté y le puse sábanas de color melocotón para que no tuviese el aspecto de ser cama de hospital. Decoré la estancia con motivos hindúes y la perfumé con barritas de incienso aromas canela y sándalo.

Dediqué semanas a redactar el anuncio, que publicaría en el periódico local: “Caricias relajantes para el bien del cuerpo”, o mejor: “Caricias relajante-estimulantes para el bien del cuerpo y del alma”....”Masaje acariciador para el bienestar sensual”.....”Acariciadora masajea con el objetivo de subir la autoestima”...”Te doy mis caricias para mejorar tu salud”. Ninguna redacción me convencía. Debía quedar claro que mis caricias tenían el objetivo de mejorar el estado de salud física y psíquica de mis pacientes pero no quería que esperasen una masturbación ordinaria..

Finalmente el texto se publicó del siguiente modo:

“Caricias relajantes para el bien del cuerpo y el alma. No eróticas.”

Me fastidiaba especificar el no eróticas, porque sí eran eróticas mis caricias ¿acaso solo hay erotismo en determinadas zonas del cuerpo? Pero debía intentar alejarme de los famosos masajes eróticos tan manidos en las páginas de contactos..

Me contestó un surtido grupo de gente, algunos bromistas, pero otros parecían serios.

Cité a una mujer para empezar. Por el teléfono parecía agradable.

—Me gusta tu idea de acariciar. Estoy interesada. ¿Vienes a domicilio?

—No, tengo mi propio local.

—Pareces muy joven, ¿recibes sola?

—Sí, aunque en el piso superior viven mis padres, mentí prudentemente..

Acordamos el precio y se plantó ese mismo día en el apartamento a las cinco de la tarde.

Era una mujer madura muy hermosa y elegante, morena, con el pelo recogido en un moño y las cejas altivas. Olía a perfume caro y vestía una entubada falda negra y blusa de gasa negra también.

—Por favor, desnúdese. Le dije, muy segura de mí.

Mientras, como había pensado, me dirigí al lavabo para refrescar mis manos. Había tenido la delicadeza de limarme y arreglarme las uñas de modo muy minucioso, pues como iban a ser mi utensilio de trabajo, quería que estuvieran impecables: un pelín largas, limadas en punta de modo que ayudaran a mejorar la caricia, pintaditas de brillo transparente. Me observé el rostro en el espejo y me felicité íntimamente por mi inauguración, por mi primera experiencia profesional.

Cuando volví la mujer todavía no se había desnudado, comenzó a hacerlo en ese momento, desabotonándose la camisa lentamente. La dejó caer por sus hombros redondos y la posó con todo cuidado en la silla. Era una dama muy bien hecha, con grandes pechos elevados por un sujetador de encaje violeta. Me sonrió sin mostrar los dientes y deslizó la cremallera de la falda. Era tan ajustada que le costó esfuerzo desprenderse de ella: se le atascaba en las voluminosas nalgas. Las bragas hacían juego con el sostén y eran transparentes de modo que pude ver el vello de su pubis depilado a lo brasileño. Se sentó en la camilla sin quitarse las sandalias. Se recostó en los antebrazos y preguntó:

—¿Puedes desabotonarlas por favor?

—Sí, por supuesto

Extendió la pierna izquierda para favorecer la ejecución. Eran unas sandalias sencillas pero

de aparatoso abroche, teniendo al menos tres trabillas en la parte del tobillo.

—Qué bonitas, dije.

Me sonrió y con el pie que no estaba en mis manos me empujó con suavidad en un pecho, clavándome levemente el tacón de aguja justo en el pezón. Me estremecí desconcertada pero no dejé de hacer lo que hacía.

—¿Hace mucho tiempo que te dedicas a ser acariciadora?, se interesó la señora y en su tono advertí cierta burla.

—Realmente llevo tan solo unas semanas, volví a mentir porque no me apetecía que descubriese que era mi primera clienta.

—¿Y estás contenta con este trabajo?

—Sí, sí, muy contenta.

—¿Vienen más hombres o más mujeres?

—Más mujeres. Hablaba sin levantar la mirada, intentando concentrarme en desenganchar las trabillas y en que no se notase mi mentira.

—Eres muy bonita, has de tener cuidado de que con esas caricias que das algún hombre se entusiasme y quiera tomar más.

—Bueno, tango cuidado a la hora de escoger clientela.

—¿De veras?.

—Ajá.

Por fin conseguí desabrochar la sandalia y ella dio un suspiro de alivio. Me puse con la otra y me dio la sensación de que ella no favorecía que lo hiciese con desenvoltura, que procuraba alargar el momento. Por fin la descalcé.

—¿Podrías empezar acariciándome los pies? Los tengo torturados.

Asentí con la cabeza. Tomé su pie derecho y me fijé que llevaba una pedicura perfecta con las uñas color sangre y las cutículas perfectamente recortadas. Tomé crema y comencé a hacerle un masaje ligero en la planta, ella me observaba atentamente.

—Tienes buena mano para los masajes, pero llevas un vestido horrible.

La miré de frente desconcertada.

—¿Así lo cree?

—Es muy ordinario y vulgar. Soy una esteta, muy sensible a las formas y al color.

¿Tendrás otro que ponerte?

En parte me sentía insultada por la señora y en parte solícita, con ganas sinceras de agradarle y complacerle.

—Sí, tengo otros en el armario.

—Ve a cambiarte, dijo, y acompañó sus palabras de un nuevo empujón a mi pecho, esta vez con el dedo gordo de su pie.

Pese a que yo soy orgullosa y con carácter obedecí lo que me pedía sin rechistar. Abrí el armario y encontré una batita negra que pensé podría ser de su agrado. Se la mostré.

—Si, esa está mejor.

Me miraba fijamente con sus elevadas cejas erguidas, como desafiándome. Recordé mi ropa interior y me sonrojé. Era de lo más ordinario y vulgar, unas braguitas blancas de algodón como de niña pequeña, un poco flojas por el uso y un sujetador de deportista con tiras anchas. Ella notó que yo dudaba.

—¿Te da vergüenza desnudarte frente a mí? Vamos, yo lo he hecho. Las dos somos mujeres.

Me mordí inconscientemente el labio inferior y comencé a desabotonar ese vestidito de flores pequeñas, flojo de tirantes, que había comprado especialmente para ejercer mi profesión y ahora se me antojaba horroroso. Me lo quité por las piernas sin levantar la vista. Sentí como una daga clavada su mirada en mi vulgar ropa interior. Cuando ya me iba a meter el vestido por la cabeza, me interrumpió:

—No podría relajarme con tus caricias sabiendo que llevas puesto “eso” debajo del vestido.

Quítatelo, por favor.

Dudé un instante pero obedecí. El sostén salía quitándose como una camiseta, de modo que lo tomé con las manos y alcé los brazos para deshacerme de él. Cuando tenía los brazos en alto me interrumpió:

—¡Quieta!

—¿Qué?

—No te muevas. No bajes los brazos. Acércate.

Una vez más seguí sus órdenes como un perrito faldero.

—Tienes unos pechos preciosos, jamás lo hubiese podido pensar después de verte con ese vestido y con ese sujetador.

—... gracias.

Me disponía a continuar mi cambio de atuendo cuando noté sus dos manos en mis tetas.

—Preciosos, con el botoncito tan vulnerable, dijo al tiempo que tomaba ambos pezones con sendas yemas de sus dedos índice y pulgar.

—Gracias, repetí intentando ahora deshacerme de las manos de la caprichosa clienta.

Me soltó sin ofrecer resistencia.

—A mí me gusta estar sin sujetador, dijo.

Sin más pasó sus manos por detrás de su espalda, desabrochó la lencería y lanzó el sostén a la silla.

—Mira, mis tetas son más grandes y pesadas, pero el pezón es similar. Son muy sensibles, me encanta que los laman con suavidad. ¿A ti te gusta que te los acaricien con la lengua?

—Si...

—Ahora quítate las bragas, por favor.

Lo hice.

—¿No te depilas?

—Solo en verano.

—Estará muy limpito ¿verdad?

—¡Claro!

La señora rallaba la impertinencia por momentos aunque su tono era correcto. Me armé de valor.

—¿Usted vino aquí a que le acariciara o qué?, casi se me escapaban las lágrimas al decirlo.

—Sí, a eso vine, anda vístete, dijo haciendo un mohín con los labios.

Me puse el vestido y me encontré mejor, respiré hondo y vi que ella estaba deshaciéndose de sus bragas de cien euros. En cuanto se vio desnuda, extendió sus dos pies hacia mí, abriendo las piernas en una postura bastante obscena.

—Dedícate a lo tuyo, me dijo casi en tono de enfado.

Le tomé un pie y comencé a repararlo con cuidado, las plantas, el empeine, los talones, metía mis dedos por entre los suyos chiquitos intentando concentrarme en el carma, en la energía, seguí con el otro pie y la mujer suspiraba cada vez más fuerte, sin quitarme ojo. Yo hacía esfuerzos por concentrarme en mis manos y en sus pies y olvidar el resto del mundo, como había soñado. Pero la mirada de la mujer me turbaba tanto que ciertamente no conseguía el éxtasis acariciador que haría de mí una brillante profesional de la caricia. De repente me pregunta:

—¿Esto te excita?

—Bueno, yo no emplearía esa palabra....

Titubeé un segundo que ella aprovechó para erguir el tronco y lanzar su mano bajo mi falda, alcanzar mi sexo e introducir un dedo bien arriba.

—Como me suponía: te excita.

Tomé su antebrazo intentando hacer fuerza para separar su mano de mi coño pero ella estaba moviendo allí los dedos de forma muy estimulante y me abandoné un poquito, me dejé hacer.

—Venga, deja de disimular, dijo y abrió de par en par sus piernas. ¡Chúpamelo!

—Yo..., dije en un gemido producido por su dedo en mi clítoris.

—¡Vamos!

Acerqué mi boca al fruto brasileño de la mujer y saqué la lengua tímidamente, pero ella no

se anduvo con chiquitas y me aplastó la cara contra su vientre cálido sin dejar de acariciarme mi propio sexo sabiendo muy bien donde frotar más, donde frotar mejor.

—Ah, ah, ah..., susurraba ella mientras yo lamía sin saber muy bien si aquello me gustaba o me ofendía.

La mujer se corrió sin darme demasiado trabajo, lo hizo moviendo las caderas y profiriendo grititos guturales. Cuando terminó se recostó en la camilla, toda escarranchada, como si hubiera perdido el sentido. Yo estaba anonadada por el devenir de los acontecimientos, entonces despertó de su éxtasis:

—Eres fantástica, de lo mejorcito. Volveré a visitarte.

Se levantó, abrió el bolso y me dio el doble de lo estipulado. Se vistió en un santiamén y antes de machar tomó un pedazo de carne de mis nalgas y le dio un fuerte pellizco.

—Eres una putita muy extraña.

Me quedé allí sola y me eché en la camilla a llorar, esa estúpida señora me había humillado, se había hecho una paja con mi boca y yo había sido tan tonta de no protestar, tan boba como para acceder a todas sus exigencias como una muñeca sin personalidad. Me sentía fatal y lloré hasta caer exhausta, pero después de la tempestad viene la calma y cuando se me pasó la llorera comencé a sentirme excitada por los sucesos vividos. De hecho entré en un estado lujurioso que me era ajeno. Me masturbé aparatosamente, no una vez como era habitual, sino tres o cuatro. Lejos de sentirme saciada, me encontraba plena de concupiscencia.

Me obsesioné con la señora y deseaba ardientemente que me llamara de nuevo. Anulé las otras citas pues de repente me importaba un pepino todo aquel rollazo de las caricias, ahora deseaba situaciones excitantes que mi mente se encargaba de idear con esa señora tan atractiva y yo de protagonistas. Pasaba el día al lado del teléfono preguntándome una y otra vez: “¿Seré lesbiana?” Jamás me habían atraído las chicas, si bien era cierto que tampoco me había enamorado de un hombre y desde luego nunca había sentido esta excitación con ninguno.

Por fin, después de una larga semana de espera, me llamó.

—¿Susana? Soy Alice, quiero verte..

—Sí, sí, ¿A qué hora?

—A las cinco estoy ahí, y colgó sin mayor explicación.

Me puse a mil por hora, me duché haciéndome un peeling profundo, retoqué mi sexo que había depilado dejando solamente un fina raya de pelo, continuando la raja natural. Esmalté mis uñas y me maquillé como la noche de fin de año, recogí mi pelo en un moño y me vestí con lencería rosa fucsia, tanga de tiras finas y sostén de copa, me puse pendientes colgantes y cubrí mi cuerpo con un fino kimono de seda color champaña bordado a mano con filigranas orientales. En los pies, unas babuchas de tacón a juego con el kimono. Estaba bonita de verdad. Sin embargo, en cuanto sonó el timbre y abrí la puerta, la señora hizo una mueca de desagrado y dijo secamente:

—Menuda pinta, quítate todo eso y lávate la cara, pareces una furcia.

—...pero...

—¡Pero nada! haz lo que te ordeno. Mejor, yo misma lo haré.

Sin mediar palabras tiró del cordón de la bata y me la arrancó. Cuando vio mi ropa interior se enojó todavía más:

—Realmente eres una ordinaria.

Con estas, me toma por los hombros bruscamente y agacha mi cabeza contra la camilla.

—Permanece así.

Comenzó a cachetearme las nalgas con bastante fuerza, pero sin dañarme y yo me encontré divertida mientras lo hacía. Me sentía muy sexi, con mis babuchas de tacón y mi conjunto rosa fucsia que resaltaba mis formas más femeninas. Estuve segura de que a Alice le encantaba verme así. Cuando me hubo palmeado bastante y mi trasero debía estar bien sonrosado, dijo:

—Ahora, ¡lame!

Abrió las piernas y yo me incliné para darle gusto como aquella primera vez.

Después de su orgasmo cambió su humor y comenzó a hablarme muy familiarmente.

—Eres buena en esto, te dejas llevar por la fantasía de los otros, pero deberías saber

algunas cosas.

—¿De veras lo crees?

—Tienes instinto pero te falta experiencia y conocimiento. Voy a enseñarte mucho.

Alice y yo nos hicimos amigas, intercalando intimidades con juegos sexuales en los que invariablemente ella era dominadora y yo sumisa. Fue un mes de pasión absoluta en la que nos vimos cada día y ella me enseñó a ser fetichista, a amar el detalle y la fantasía. Era aficionada a grabados eróticos antiguos y me los mostraba con gran deleite,

—Fíjate en cómo esta muchacha es poseída por el fauno, fíjate en sus carnes blancas, observa el vigor del falo...

Alice me mantuvo entusiasmada una corta temporada, debo decir que mi vida sentimental ha seguido la tónica: pasión-aburrimento con desesperante frecuencia: me encapricho con alguien que me resulta insoportable. Me han llamado vampiresa espiritual, me han llamado caprichosa y niña mimada, seguramente lo soy y no me siento culpable. Cuando hube mascado a Alice lo suficiente, me cansé de ella. Dejó de interesarme jugar con Alice, aunque me seguían estimulando sus grabados y otros fetiches que me regalaba para educarme en la erotomanía, para excitarme y excitarse, como aquellas botas de cuero hasta las mismas ingles o el corsé de raso que dejaba mis pechos al descubierto. Ya al final me sometía a sus caprichos por un cierto cariño que le había tomado, pero cada vez con más desgana. Todo terminó el día que me trajo a su chucho, un perrazo negro de raza rara.

—Quiero ver cómo te lo montas con él.

—¡Ni hablar!

—Vamos, no te hagas la remilgada.

—¡Que no! ¡Que se aleje de mí!

—¡He dicho que te quiero ver con él!

—¡Que no! ¡que te largues tu y tu perro asqueroso! ¡estoy harta ! ¡Vete!

La empujé fuera del apartamento llena de ira. No quería volver a verla más, nunca más, le

cogí asco y tirria y cumplí mi palabra. No volví a ver a Alice pero tampoco yo volví a ser la misma. Atrás quedaban mis ambiciones de sensualidad física y el futuro se me abría en forma de ventana de fantasías .